



HAL
open science

La economía y las representaciones: ensayo sobre la producción minero-metalúrgica durante el periodo medio en la región de Atacama (III Región).

Alexander San Francisco Araya, Benjamin Ballester

► To cite this version:

Alexander San Francisco Araya, Benjamin Ballester. La economía y las representaciones: ensayo sobre la producción minero-metalúrgica durante el periodo medio en la región de Atacama (III Región).. *Il Quattrocento*, 2010, 4, pp.139-159. hal-02866981

HAL Id: hal-02866981

<https://hal.science/hal-02866981>

Submitted on 12 Jun 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

IL QUATTROCENTO

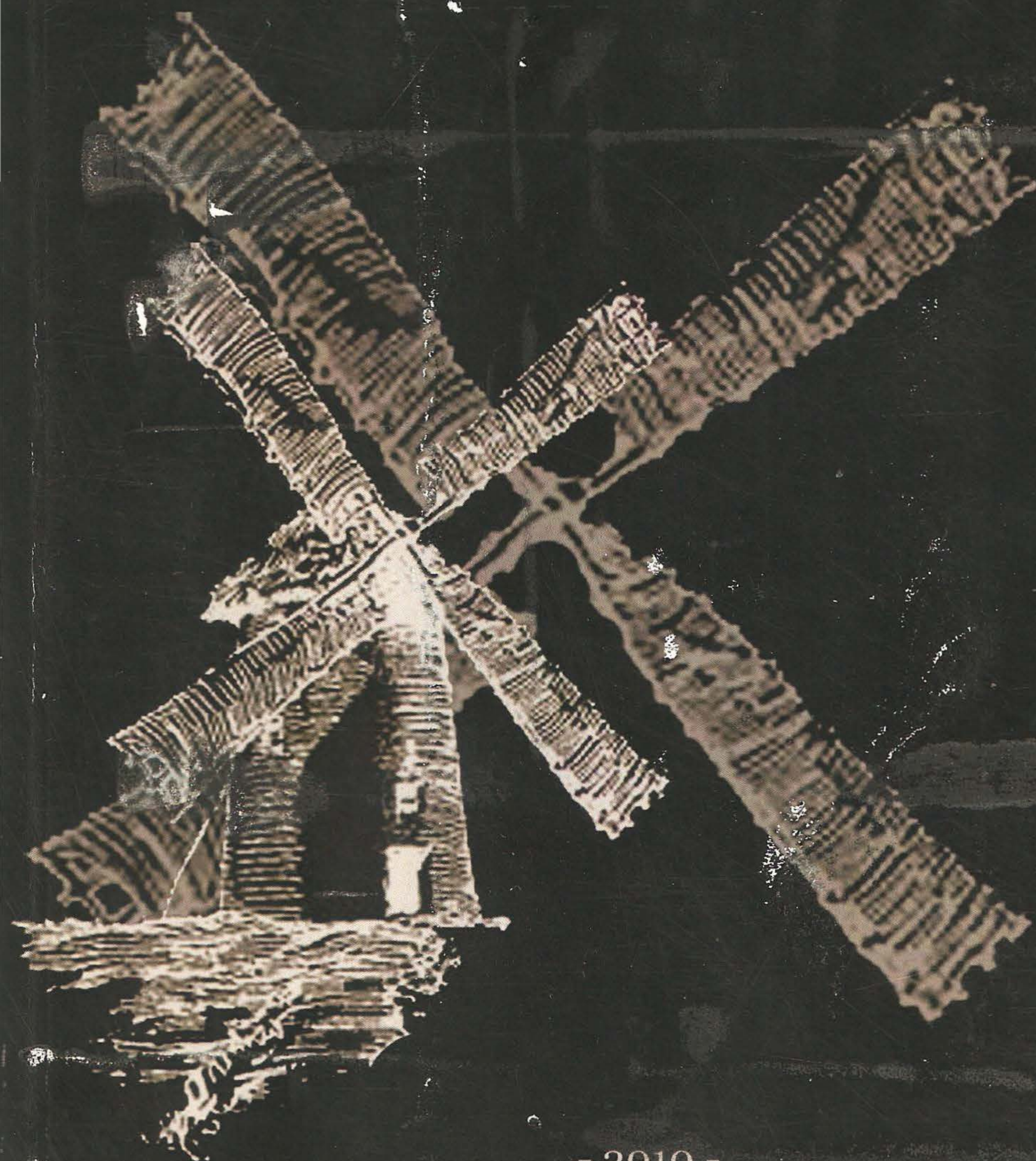
Revista de Estudiantes de Antropología

Edición Número 4

Universidad de Chile

Antropología Económica

ISSN 0718-4042



La economía y las representaciones:

Ensayo sobre la producción minero-metalúrgica durante el periodo medio en la región de atacama

(Il Quattrocento, 2009, Número 4: 139-159 pp.)



Alexander San Francisco*
Benjamín Ballester**

Resumen

En este ensayo se explora la relación entre la economía y la ideología. Para ello se analiza el caso del ciclo económico minero-metalúrgico y las representaciones visuales que se plasmaron en un contexto productivo de dicho proceso. El caso corresponde a la (pre)historia del Período Medio (~600 a 900 d. C.) en el margen septentrional de la III Región de Chile (Quebrada Las Pinturas), momento en que comienza a afianzarse la división social del trabajo.

Palabras clave: Economía; ideología; minería-metalurgia; representaciones visuales; quebrada Las Pinturas

* Licenciado en Arqueología, Universidad de Chile. Contacto: alexsanfrancisco@gmail.com

** Licenciado en Arqueología, Universidad de Chile. Contacto: benjamín.ballester@gmail.com

I. INTRODUCCIÓN

Todos los actos y hechos de la vida se vinculan, en mayor o menor medida, al proceso social de producción¹. Aunque admitamos que lo social supera lo netamente económico, todo aspecto no económico de una sociedad se desarrolla inevitablemente sobre ciertas condiciones materiales y ciertas materialidades, de ahí es que se encuentre económicamente definido.

La producción, como parte de una amplia unidad en el proceso de reproducción social, resulta vital en la comprensión de las dinámicas sociales e históricas, constituyendo el ciclo económico de una sociedad históricamente determinada, y sosteniendo una relación dialéctica con la esfera del consumo, la que nunca es terminal (p. e. Gell, 1991; Narotzky, 2004). Es esta una relación de unidad entre contrarios cuya finalidad es la reproducción física y social de la sociedad, y por tanto de las comunidades e individuos que las componen.

"La producción de las ideas y representaciones de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material [...] Las representaciones, los pensamientos, se presentan aquí, como emanación directa de su comportamiento material" (Marx & Engels, 1988 [1846]: 69).

En este sentido, el estudio sobre las dinámicas y transformaciones sociales de una sociedad concreta parte de la comprensión de su sistema de producción y de su proceso de vida real, para luego desplegar los reflejos ideológicos y los ecos de este proceso de vida.

Desde este punto de partida, se pretende reflexionar en torno a los procesos y dinámicas sociales de la (pre)historia del Período Medio (~600 a 900 d. C.) en el margen septentrional de la III Región de Chile. Se integran, por un lado, las características de su estructura social y sistema de producción, y por otro, ciertas representaciones rupestres plasmadas en un contexto laboral, asociando la economía y la ideología. Esto, en una situación histórica de marcados cambios en la organización social, desarrollos económicos y estrategias políticas, con nuevas formas de organización de la producción, extensión de las esferas de intercambio,

¹ Agradecimientos a Francisco Gallardo y al proyecto Fondecyt 1070083 "Pinturas Rupestres, Estilos Tecnológicos y Flujos de Información Visual en la Región Atacameña y áreas vecinas".

integración sociopolítica hacia nuevos confines y también nuevas representaciones visuales.

Se trata lo anterior desde la actividad minero-metalurgista y sus ciclos productivos desarrollados en la región de Copiapó y sus zonas mineras aledañas, lo que es relacionado a un contexto minero-metalúrgico específico, la Quebrada Las Pinturas, la que presenta una alta cantidad de pinturas rupestres. Acá nos centramos en las imágenes antropomorfas portadoras de túnicas, significativas considerando, al menos, su recurrencia en el lugar. Es a partir del vínculo entre representaciones rupestres y contextos minero-metalúrgicos que se busca establecer nexos entre objetos e ideología, entre la economía y las representaciones.

II. LA ECONOMÍA Y SUS REPRESENTACIONES

La vida social se encuentra constituida y formada por la estructura económica, o sea por las relaciones sociales que los hombres establecen en torno a los procesos de producción (Kosik, 1967) generados para la satisfacción de sus necesidades sociales. Los procesos de producción social son justamente las formas en que los miembros de la sociedad obtienen, distribuyen y consumen los medios materiales para satisfacer sus necesidades individuales y colectivas (Godelier, 1970). Necesidades que en sí mismas son un constructo social producto de la herencia histórica de la comunidad y de las condiciones sociales particulares del momento histórico en cuestión, de ahí que "no sólo de pan vive el hombre, por escaso que sea el pan" (Pearson, 1976: 371). Esta producción no puede restringirse únicamente a los bienes materiales necesarios para la reproducción física y biológica del grupo, ya que ésta busca además la perpetuación del sistema cultural y de la forma y el contenido de la estructura económica, por ende abarca tanto la producción de los bienes materiales, las relaciones e instituciones sociales, y sobre esta base, sus ideas y concepciones (Kosik, 1967).

Es en este contexto que el análisis de los ciclos económicos de bienes materiales adquiere relevancia, pues en él participan distintos agentes y establecen distintas relaciones sociales, las que dan contenido a la estructura económica de la sociedad. Pero en la vida social participan una infinidad de bienes materiales como soporte de las prácticas sociales, sobre los que

pueden establecerse formas diferenciales de propiedad, y por tanto de distribución y consumo (Godelier, 1970). No todos los bienes circulan de la misma forma ni en su producción participan los mismos agentes, menos aún se establecen las mismas relaciones sociales.

Ahora, el accionar constante de los ciclos económicos de producción-distribución-consumo establece y restablece las relaciones sociales detrás de dichos procesos, aquella estructura de relaciones detrás de la lógica de la sociedad. En este sentido es que se concibe la relación de producción y consumo como una relación dialéctica de opuestos; "la producción sirve de medio al consumo, cuyo material crea y que sin ella carecería de objeto. Pero también el consumo sirve de mediador a la producción, ya que crea el sujeto para los productos, para el que los productos existen" (Marx, 1985: 7). Es en el imperativo de la reproducción de estos ciclos, de las relaciones sociales detrás de ellos, en donde adquiere valor la ideología como estrategia de reproducción de una realidad social con contradicciones internas, como forma de expresar la práctica de forma inadecuada, no mostrando su forma concreta, disimulando la naturaleza contradictoria de las relaciones de producción, albergando igualdad y desigualdad social en el seno de un modo de producción comunal (Gallardo, 2004).

La relación existente entre economía e ideología es siempre estrecha, y sólo analíticamente parcelable. Ambas operan mutuamente en las prácticas sociales, de ahí que impriman sus contenidos en los objetos materiales de los que se sirven los sujetos para llevar a cabo sus prácticas. Para sustentar un conocimiento crítico acerca del proceso de producción de la vida social se consideran no sólo las variables productivas de los objetos arqueológicos, sino también sus implicancias ideológicas, que llenan de incoherencia la consecuencia entre realidad social y conciencia; aquella dimensión referida las ideas que expresan la práctica inadecuadamente, y que servirían para legitimar o ilegitimar las relaciones de los hombres entre sí, y de estos con la naturaleza (Godelier, 1989). Siendo la razón de esto las limitaciones de la propia práctica, no un proceso cognitivo defectuoso (Larraín, 2007: 67).

Las ideologías, como todas las representaciones o ideas, en ningún caso se hallan desancladas de las relaciones sociales, y menos constituyen una creación autónoma de la mente, impuesta sobre las relaciones materiales

necesarias, sino que son producidas en los diversos contextos de la vida humana (Williams, 1980). Estos diversos contextos corresponden a las prácticas que dan cuerpo a la producción de la vida social. De ahí que la ideología, en tanto que dispositivo que busca asegurar una forma particular de producir la vida social, opere materialmente, pues se objetiva en los productos de las prácticas sociales. En este entendido, el mundo de los objetos además de ser resultado de intuiciones, técnicas y éticas, y motor de experiencias, métodos y estéticas (Lull, 2005: 16), es resultado y medio de la ideología, al expresar las contradicciones de las formas de producción de la vida social que les dan forma. Los objetos en tanto que expresan las prioridades de la sociedad, inscriben en ellos el contenido ideológico que los posibilitó como útiles.

III. EL PERIODO MEDIO EN LAS TIERRAS DE COPIAPÓ

El Periodo Medio en Copiapó corresponde a la época transcurrida entre los años ~600 a 900 d. C., arqueológicamente conocido y reconocible a través de la "Cultura Las Ánimas". Durante estos tiempos en los valles de Copiapó se desarrolla una vida aldeana que amplifica las relaciones sociales ya no sólo centradas en la estructura familiar, generándose mayores grados de sedentarismo, demografía e integración; fenómeno de amplio espectro a nivel regional (Callegari, 1997; Castillo *et al.*, 1996-1997; Núñez & Tartusi, 2002; Pérez & Heredia, 1987).

Los mayores núcleos poblacionales se concentraron a lo largo del valle de Copiapó (Figura 1), en asentamientos como Puntilla Blanca, Quebrada Seca, Cabra Atada, Carrizalillo Chico, La Puerta y Tres Puentes (Castillo *et al.*, 1996-1997; Niemeyer *et al.*, 1991; Niemeyer, 1997), donde el curso fluido y constante de agua, la vegetación y las tierras fértiles dieron pie a una vida aldeana basada en la agricultura y la recolección, la que se venía germinando desde el Período Alfarero Temprano o Molle. Los centros aldeanos se situaron por lo general en los sectores de conos aluviales en el valle, con tal de aprovechar mayormente los espacios cultivables. Estas aldeas además de constituir el espacio central y más denso de habitación, eran los lugares donde se centralizaba la producción agrícola y de recolección, siendo probable que parte de la población viviera fuera de estos núcleos aldeanos en una suerte de vida rural asociada a los mismos campos. A diferencia del período anterior es aquí donde la magnitud y las

tecnologías relacionadas al trabajo agrícola alcanzan su transformación más sustancial, incorporándose el cultivo en terrazas, como en Puntilla Blanca y las primeras obras hidráulicas (Castillo *et al.*, 1996-1997; Niemeyer *et al.*, 1991).

La población asentada en la cuenca del valle ha sido caracterizada por una economía mixta (Niemeyer *et al.*, 1991), en la que la producción alimenticia comprendió una agricultura de maíz, ají y calabaza, además de labores de recolección centradas en el chañar y el algarrobo. La ganadería de camélidos también fue económicamente relevante, así como el consumo de recursos costeros (Iribarren, 1975; Niemeyer *et al.*, 1991). Es probable que actividades como la producción textil y alfarera se hayan producido en el contexto aldeano de los valles, adquiriendo un estilo particular, y para el caso de la alfarería, considerables similitudes con las expresiones La Aguada tardías (Callegari, 1997; Castillo *et al.*, 1996-1997; Núñez y Tartusi, 2002). Es éste un contexto en el que se dinamizan las interrelaciones sociales en comparación a momentos anteriores. En la cuenca del valle de Copiapó es donde se estrechan las relaciones culturales con las poblaciones del Noroeste argentino emplazadas desde el Oeste de la Rioja (p. e. Vichina) o los valles catamarqueños como Hualfín y Abaucán, probablemente en sus momentos más tardíos (Callegari 1997; Castillo *et al.*, 1996-1997; Niemeyer *et al.*, 1991). Algo distinto puede suponerse al comparar las materialidades de las poblaciones asentadas tanto al Norte como al Sur del valle Huasco, observándose más bien una diversidad regional al interior de lo que se conoce como Cultura Las Ánimas (Garrido, 2007).

Fuera de los valles, la población se dispersaba en la zona cordillerana en un modo de vida seguramente más pastoril que agrícola, aprovechando las vegas y veranadas para la cría de animales domésticos y la caza de guanacos, utilizando tanto la vertiente oriental como occidental de la cordillera. Fue este uso indistinto entre ambas vertientes cordilleranas, de ahí el constante flujo de individuos y grupos, lo que llevó a un grado de similitud cultural entre ambos espacios hoy en día diferenciados geopolíticamente (Callegari, 1997; Castillo *et al.*, 1996-1997).

No se puede dejar de mencionar a las poblaciones costeras, de una larga tradición marítima y de un modo de vida costero que se remonta a los primeros momentos de la (pre)historia de la región, con sitios como El

Obispo 1 y Los Médanos 2 (Llagostera *et al.*, 2000); una tradición que claramente fue transformándose a lo largo de la historia local debido al aumento poblacional, a su integración a nuevas esferas relacionales y a la incorporación de nuevas tecnologías. Por lo que se sabe para el Período Medio, al parecer la costa estuvo ocupada por grupos de recolectores, pescadores y cazadores que vivían en caletas a lo largo de la franja costera, en unidades familiares no muy extensas, a diferencia de la situación que se evidencia en el valle.

Este panorama sugiere que en Copiapó y sus alrededores en estos momentos se van consolidando nuevos oficios y contextos laborales, lo que sin duda debió rearticular la división social de la producción (Lull y Micó, 2007) y la economía en general, en la medida que ésta se va integrando a las dinámicas regionales que probablemente implicaron una más amplia distribución de bienes, a partir del tráfico y los intercambios.

IV. EL CICLO PRODUCTIVO MINERO-METALÚRGICO

En este contexto de especialización laboral y de una amplia distribución de productos, la minería y metalurgia toman un rol significativo en la sociedad copiapina. Aún siendo que la producción minera prolifera en tiempos anteriores (Castillo, 1986; Cervellino, 1991, 1994), es durante el Período Medio que ésta se intensifica, incorporando procesos metalúrgicos evidenciados en la presencia de crisoles, moldes y escorias (Cervellino, 1991, 1994; Cervellino & Sills, 2001; Niemeyer *et al.*, 1991), implementando nuevas formas de organización de la producción y de agentes especializados en dichos procesos. La producción de bienes minero-metalúrgicos se consumió principalmente en objetos suntuarios de uso cotidiano como pendientes, colgantes y aros de metal, collares y brazaletes de mineral de cobre; a diferencia de la costa donde pareció estar más dirigido al ámbito laboral, predominando los anzuelos de cobre (Cervellino, 1991, 1994).

Entre los asentamientos relacionados a esta esfera laboral, se encuentran los vinculados a la extracción y producción minero-metalúrgica, ubicados especialmente en la zona desértica de interfluvio entre el valle de Copiapó y el Salado. De acuerdo a los datos que se poseen, estos sectores productivos son Finca Chañaral (Cervellino y Sills, 2001), la Mina Las

Turquesas en El Salvador (Kuzmanic & Sanhueza, 1984; González & Westfall, 2005, 2008) y la recientemente re-visitada Quebrada las Pinturas (Cervellino & Sills, 2001; Iribarren, 1975).

En estos espacios la producción se centró en la manufactura de matrices a modo de materias primas, en el caso minero de preformas de cuentas y en el metalúrgico de semiterminados o barras de cobre (Fuller & Miranda, 1992), las que fueron posteriormente transportadas para su ulterior fabricación en bienes en otros contextos. Ambos tipos de materias primas se diferencian en que requieren procesos de trabajo diferentes para su elaboración. Los productos mineros requirieron trabajo únicamente lapidario, donde el mineral del cobre se trabaja en forma bruta mediante herramientas relativamente simples, especializadas en la extracción del mineral y su producción en preformas. Los productos metalúrgicos, por su parte, implicaban un proceso más complejo, ya que el mineral debe ser primeramente extraído, seleccionado, chancado, liberado de basuras y cuando se presenta el mineral en su forma bruta y de mayor pureza se aplica un proceso de fundición (primario) que requiere de medios especiales como hornos o fogones de altas temperaturas, utilizando generalmente de una fuerza adicional de oxigenación para el aumento artificial de la temperatura, además de superficies, moldes o ciertas formas de recipientes para manejar, contener y enfriar el metal líquido. En estos tres sitios mencionados se han producido ambas formas de materias primas. La mina Las Turquesas se especializó en la producción minera de productos lapidarios o mineros (González & Westfall, 2005, 2008; Kuzmanic & Sanhueza, 1984), por su parte, en Finca Chañaral y en la Quebrada las Pinturas la producción estaría dirigida a ambos tipos de materia primas (Cervellino, 1991, 1994; Fuller & Miranda, 1992).

El proceso de distribución de estas materias primas y los agentes que en él participaron puede evidenciarse arqueológicamente en dos aspectos. El primero tiene que ver con la materialización de caminos que comunicaron a los distintos grupos y espacios involucrados dentro del ciclo económico minero-metalúrgico. Estas rutas debieron recorrer tanto el eje longitudinal (González & Westfall, 2005) como el vertical (Núñez, 1987), integrando los distintos sectores donde se llevaron a cabo el ciclo económico. Las rutas en el eje vertical comunicaron a las poblaciones costeras con las del interior, además de conectar a ambas con los grupos trasandinos. El eje

longitudinal permitió el contacto entre los distintos valles, y de éstos con las poblaciones asentadas en los espacios interfluviales, como las que utilizaron los sitios minero-metalúrgicos antes mencionados. Este último eje se encuentra mejor documentado, ya que el camino del Inca que conecta la ciudad de El Salvador con Copiapó corresponde a una reutilización de una ruta preincaica que dataría al menos desde el Período Medio para la circulación de caravanas y grupos (González & Westfall, 2005).

El segundo aspecto hace mención a los medios de transporte y la capacidad de carga que tuvieron los grupos que trabajaron en estos espacios de explotación-producción, un elemento central si consideramos que su instalación en dichos espacios dependió de un constante abastecimiento de recursos (alimentos y combustibles, principalmente) y de la circulación de los productos generados *in-situ* hacia sus lugares de consumo. En este sentido, en El Salvador fueron recuperados aperos y atalajes para animales de carga que corroboran la utilización de éstos como medio de transporte (Núñez, 1987).

Estos productos minero-metalúrgicos fueron distribuidos desde estos centros de explotación-producción a una variedad de espacios sociales, de cordillera a costa, apareciendo tanto en basurales como en contextos fúnebres. En la costa, donde su consumo se centró en artefactos ligados a las actividades de pesca y caza marítima, las barras de cobre o semiterminados eran trabajados localmente, ya sea mediante el martilleo o por nuevos procesos de fundición, para la confección de herramientas como los anzuelos de cobre. Esto se observa en sitios como Punta Achurra, un cementerio en Pan de Azúcar (Cervellino, 1991, 1994) y Caleta Totoral, en el interfluvio Copiapó-Huasco (Cervellino, 1994; Cornely, 1956).

En el sector del Valle de Copiapó y sus afluentes, el consumo de estas materias primas estuvo dirigido a la confección de adornos corporales y como ofrenda en ritos funerarios. Los sitios mejor documentados son el cementerio de Vega Redonda, en la quebrada de Paipote ubicada en el interfluvio entre El Salvador y Copiapó (Cervellino 1991, 1994), en Tres Puentes (Cervellino, 1991, 1994; Iribarren, 1975, 1969), el cementerio de La Puerta A y B (Durán, 1988; Niemeyer *et al.*, 1994) y el espacio habitacional de Quebrada Seca, en el curso del Río Pulido (Niemeyer *et al.*, 1991).

De esta forma, el consumo local de las materias primas minero-metalúrgicas tenía como fin al menos tres tipos de productos: (1) adornos personales, (2) herramientas de trabajo y (3) objetos bélicos. El primero es el más representativo dentro de los contextos, abarcando en materia prima minera collares y brazaletes de mineral de cobre, y en materia prima metalúrgica aros, colgantes y figurines. El segundo ítem abarca mayoritariamente anzuelos de cobre producidos en la franja costera, a excepción de un punzón del mismo material recuperado en la costa y de un azadón de cobre seguramente para labores agrícolas recuperado en Tres Puentes. Es interesante notar que casi la totalidad de las herramientas de trabajo en cobre se presenten en la costa y no en los valles, aún siendo que en términos teóricos éstas pudieron haber sido muy útiles. El tercer ítem lo compone únicamente una manopla de cobre identificada por Cornely (1956) en Caleta Totoral.

Un análisis de los espacios utilizados durante los distintos momentos del ciclo de bienes minero-metalúrgicos permite notar una particularidad en su lógica de funcionamiento: existe una diferencia entre espacios de producción *versus* los espacios de consumo, una dualidad entre una explotación-producción focalizada y un consumo extendido, que sólo puede entenderse como reflejo de una actividad laboral especializada, pero cuyo producto sigue teniendo un carácter amplio en su distribución y consumo. Este distanciamiento de los contextos mineros respecto de los valles, habría implicado un grado no menor de experticia y conocimientos, ya sea de los procesos de trabajo determinados, así como de la geografía y la estructura de recursos de las zonas trabajadas.

Dada la aparente concentración de la población en la zona de los valles, hacia el norte del río Copiapó no se conocen sitios que hayan podido articular a la población que se desplazó y/o ocupó sectores de explotación minera como la quebrada Las Pinturas, el salar de Los Infieles, la mina Las Turquesas, Finca de Chañaral o Indio Muerto. Ahora bien, es probable que la naturaleza desértica de esta zona más nortina de la región semiárida, principalmente de Las Pinturas y Las Turquesas, sea una de las explicaciones por las que los asentamientos humanos más permanentes, habitados y próximos a estos sitios, se hayan registrado hacia la cuenca alta del río Copiapó y en el río Pulido (Castillo 1989; Niemeyer *et al.*, 1991).

V. LA QUEBRADA DE LAS PINTURAS: CONTEXTO MINERO DE REPRESENTACIONES

La quebrada Las Pinturas se ubica al suroeste de Inca de Oro, a unos 80 km. al Norte de Copiapó, en una zona de desierto absoluto. Corresponde a una pequeña y estrecha quebrada de unos 650 m. de largo, en cuyas laderas se aglomeran rocas granodioríticas que presentan múltiples facetas producto de su diaclasamiento (Niemeyer *et al.*, 1991), y que se sitúa a distintas alturas en un abrupto talud, con cotas de hasta 40 m. sobre el lecho (Figura 2). Estos bloques rocosos presentan una gran cantidad de caras planas de texturas rugosas, que configuraron los soportes de una serie de representaciones, en su mayoría con pintura roja. Tal quebrada corresponde a un espacio social que envuelve dos situaciones relevantes: corresponde a un contexto del ciclo minero-metalúrgico de la zona fechado en CAL AD 560 a 660 y CAL AD 660 a 810 (Gallardo, 2009, comunicación personal), y presenta una alta concentración de pinturas rupestres, tratándose aquí las recurrentes figuras humanas.

De las escasas excavaciones practicadas en el sitio, se ha señalado la ocupación de éste ya desde momentos Molle (Cervellino & Sills 2001; Iribarren 1975, 1976; Niemeyer *et al.* 1991, Niemeyer, 1997), según lo indica la presencia de alfarería diagnóstica. En relación a su carácter minero, en la quebrada se ha registrado una producción de materia prima lapidaria en minerales como crisocola, hematita y pirita, además de la confección de adornos *in situ* (Cervellino 1991, 1994; Iribarren 1975), junto a evidencias de producción de materias primas metalúrgicas a partir de los restos de escorias y fogones de fundición, aparte de semiterminados en formas de barritas o láminas de cobre (Cervellino 1991, 1994).

En cuanto a las representaciones, existen variados motivos rupestres, destacando una alta presencia de diseños antropomorfos, conjuntos de camélidos y otros, que corresponderían a distintos momentos de la prehistoria local (Castillo, 1985; Iribarren, 1975; Gallardo, 2008, comunicación personal). Las figuras humanas han sido asociadas al Periodo Medio (Cervellino & Sills, 2001) y destacan por su gran tamaño, sus brazos siempre alzados y el hecho de que se presenten vistiendo túnicas o trajes con diseños recurrentes, además de probables tocados o arreglos cefálicos (Iribarren, 1975). En recientes labores de terreno se han registrado 30 figuras

humanas que presentan túnicas, distribuidos en 49 paneles. Estas representaciones aparecen en posturas frontales, con los brazos hacia arriba y una animación nula vertical. La altura de los diseños en promedio es de 60 cms., aunque algunos de ellos bordean y superan 150 cms. El diseño de las túnicas o trajes presenta variaciones, aunque éstas en su mayoría se caracterizan por líneas onduladas en traslación, que incluso aparecen pintadas horizontalmente con independencia de las figuras humanas (Iribarren, 1976), y son muy similares a los motivos de la alfarería del Periodo Medio, decoración que puede ser interpretada como un dispositivo visual vinculante entre ambos soportes materiales (Gallardo, 2008, comunicación personal) (Figuras 3). Otra decoración de las túnicas, aunque menos representada, corresponde a trajes con "moteados" o manchados que han sido asociados a motivos que semejan la piel de un felino (Cervellino, 1992), probablemente de puma juvenil (Niemeyer *et al.*, 1991). Otros trajes presentan líneas horizontales, que en algunos casos aparecen divididos simétricamente por una línea central vertical.

Un motivo único que se ha representado en la quebrada es una figura que se ha asociado al Sacrificador, el que aparece yuxtapuesto sobre las representaciones humanas antes descritas, probablemente más tardíamente (Niemeyer, 1997). El Sacrificador corresponde a un símbolo mágico religioso de los Andes nucleares, complejo religioso que se relacionaría con los procesos técnico-culturales y sociales de estas sociedades en general, y dentro de ellas en los distintos estamentos en particular (Rex González, 1992, en Cervellino, 1992).

Respecto del carácter minero de la quebrada Las Pinturas, las representaciones allí figuradas fueron ciertamente producidas y consumidas -desde la perspectiva de quien observa y las dota de significado- por una población que se trasladó hasta la quebrada para explotar y fundir los recursos mineros presentes en dicha área. No obstante, como ocurre en esta quebrada y en los otros contextos mineros antes mencionados, sostener una producción minero-metalúrgica en estos espacios de explotación, ubicados en lugares desérticos, algunos de ellos carentes de agua y recursos vegetales silvestres, requirió de una producción excedentaria destinada al mantenimiento y reproducción de estos grupos mineros. El caso de Las Pinturas se propició por una pequeña fuente de agua, por lo que las condiciones desérticas pudieron sostener a una población que se debió

asentar sólo temporalmente, en donde el ambiente que circunscribe la quebrada fue un espacio para la caza (Cervellino & Sills 2001; Iribarren 1975, 1976). De acuerdo a esto, la materialización de las representaciones humanas antes descritas se caracteriza por la singularidad de su contexto donde adquirieron significancia: el trabajo minero, especializado y valorado socialmente por la producción de un tipo de bienes específicos.

VI. CONSIDERACIONES FINALES: DIVISIÓN SOCIAL DE LA PRODUCCIÓN E IDEOLOGÍA

Es a partir del periodo Medio que la sociedad asentada en la cuenca del valle de Copiapó comienza a experimentar una diversificación y desarrollo creciente de sus tareas productivas. Esto sin duda debió constantemente demandar fuerza de trabajo especializada para realizar las distintas tareas, en que actividades como la minería, alfarería, la textilera, la agricultura y la ganadería señalarían ya distancias laborales dependiendo de los contextos y condiciones en que se desarrollaron.

La especialización laboral grupal, en este caso de la minería, permite que la producción de este grupo pueda centrarse en dicho rubro sin que ellos mismos deban producir la totalidad de las condiciones materiales diarias, ya que la comunidad copiapina, que vive en aldeas, que trabaja la tierra, recolecta los frutos del valle y cuida los animales, genera un plusproducto que permite la mantención de dicho grupo especializado, y por tanto la reproducción del ciclo económico de los bienes minero-metalúrgicos. Y esto porque en este momento tales bienes adquieren valor en su uso cotidiano como objetos identitarios, de vestimenta, y además como ofrendas en los ritos fúnebres, donde dichos objetos al ser enterrados consumen por completo su valor de uso, generando la necesidad de reactivar el ciclo económico para abastecer nuevamente a la sociedad de dichos bienes.

El caso de la minería en Copiapó parece ser claro en cuanto a esta segmentación de la población a partir de su constitución como fuerza de trabajo de su sociedad. La producción minera requirió un desplazamiento de población hacia las zonas en que se hallaban las minas. La explotación de la quebrada Las Pinturas ejemplifica esa situación, en donde los mineros se

establecieron sólo temporalmente debido a las condicionantes climáticas y/o al costo que pudieron haber implicado las actividades de mantenimiento de los mineros en el desierto. Estas labores fueron llevadas a cabo por sujetos que conocieron los procesos de trabajo asociados a la minería; los que al menos productivamente se distanciaron de otras actividades más vallunas o domésticas.

De acuerdo a las características especializadas señaladas, a su ocupación recurrente, y teniendo en cuenta su articulación poblacional respecto de la cuenca del valle de Copiapó, es factible suponer una fragmentación de la comunidad, lo que se expresa en la formación de contextos relacionales distintos y más o menos distantes. La separación entre los lugares de la producción, distribución y de consumo en esta sociedad señalada desde la producción minera, es un supuesto que si bien debe explorarse mediante otros estudios, constituye la base para pensar la división social de la producción en esta sociedad. En este contexto la diversidad de los espacios de experiencias y vivencias individuales y grupales propiciadas por la división productiva da pie a nuevas relaciones objetivas y subjetivas, aportando los sujetos opiniones diversas y valoraciones contrapuestas sobre cómo se produce y/o debería producirse la vida social (Lull, 2005).

En la quebrada Las Pinturas se representaron recurrentemente figuras humanas portando túnicas con una estética estandarizada. Teniendo en cuenta el carácter productivo de la quebrada, se integra explicativamente el sitio a las relaciones sociales que lo soportan. Es en el engranaje de estas relaciones donde cobran sentido las prácticas sociales que inscriben de forma y contenido la existencia fenoménica de una sociedad -constituida básicamente de hombres, mujer y objetos-, la cual devela en su materialización las contradicciones propias de las relaciones sociales de la época. Las representaciones humanas en el contexto minero tratado aquí presentan, por tanto, una serie de elementos para avanzar una discusión sobre las contradicciones sociales del periodo Medio, sobre la ideología inscrita en las condiciones materiales que producen los objetos y los sujetos.

Las pinturas antropomorfas de la quebrada no hicieron alusión a la producción, de ahí que no constituyan una apología a la minería. Las pinturas inscritas en este ámbito minero más bien muestran sujetos que no

se figuraron realizando tareas productivas, apareciendo éstos vestidos con túnicas decoradas bajo patrones estéticos compartidos, como lo sugiere su recurrencia y presencia en otros soportes, es por esto que los antropomorfos aparezcan socialmente representados, apelando al contexto de aspiración colectiva representado por lo comunal.

Esta representación se basó en otra actividad productiva: la textilería, la que visualmente forma parte sustantiva de las figuras humanas de la quebrada y que contiene una preocupación notoria de parte de quienes ejecutaron las pinturas. La producción textil fue seguramente una actividad ajena a la especialización de los mineros, no obstante éstos igualmente se debieron beneficiar de tales bienes, así como de otros que generaba la sociedad. Lo textil se vuelve entonces un medio para apelar al comunitas de los productores, mitigando la tensión del hecho de que estos son enajenados, no simplemente de las riquezas, sino del proceso de producción.

Teniendo en cuenta que la producción minera fue una actividad orientada a bienes de consumo no alimenticios, y que su producción constituye una dinámica dialéctica en la que se fusionan la organización económico-social que sostiene tales labores y las prioridades de la sociedad -o parte de ella- que las consume, es posible sostener que la producción de materias primas que se realizó en la quebrada constituyó satisfactores sociales dentro de una sociedad que ya experimenta una división social de la producción, y que por tanto vive contextos cotidianos variables y distantes. En este entramado los mineros debieron ser parte fundamental, en tanto proveen a la sociedad de una riqueza suntuaria y apetecida. De acuerdo a esto, la posición social de los mineros no debió ser menor, se aprecia una situación en que un contexto productivo fue visualmente significado a través de figuras que muestran similitudes a los patrones estéticos de los valles, así como a otros de carácter "cautelosamente" panandino, como es la posición frontal y los brazos alzados (Montt, 2002). De esto se desprende que pese al distanciamiento de la quebrada respecto de los valles, el sitio fue integrado al entramado de las relaciones de la época, a través del acontecer público de una poco común concentración de representaciones humanas. La ideología, que se inscribe y opera en la cotidianeidad de este contexto parece indicar que los mineros no estuvieron desanclados de su sociedad mientras trabajaron en la soledad del desierto; al contrario parecen ser artífices de una producción muy valorada, consumida tanto en los valles como en la costa

(Niemeyer *et al.*, 1991; Niemeyer, 1997). Ahora bien, la integración de los mineros al resto de la sociedad no pasó, en lo que respecta a las pinturas rupestres, por figurar su *ethos*, sus actividades y cotidianeidad minera, sino más bien por la representación de un elemento altamente icónico, las figuras antropomorfas que incorporaron vestidos estandarizados.

Esta aparente integración social a las dinámicas y relaciones sociales sugerida por las representaciones visuales de la quebrada, es interesante observarla desde un contexto en que la división social de la producción parece afianzarse. Es en el marco de una economía diversificada y de ampliación de los contactos poblacionales, en que la ideología fragua entre las prácticas sociales. Las figuras antropomorfas de los mineros de Las Pinturas sugieren la integración de la población y de sus prácticas culturales a la sociedad valluna, aun cuando las experiencias y contextos de vida comienzan a dislocarse. La ideología por tanto aparece integrando culturalmente, sobre todo en un contexto minero, en que dado el valor de la producción misma, éstos pudieron efectivamente posicionarse en la sociedad, y gozar de los bienes excedentarios que su sociedad distribuyó; no obstante la organización social que priorizó y sustentó tal producción minera es la que sostiene la tendencia al distanciamiento social de la población.

Finalmente, lo que acá se ha tratado de abordar corresponde a un estudio de la economía y la ideología a partir de las representaciones de una época. Desde este ensayo se ha intentado dar una discusión acerca de las condiciones sociales en las que operaron estas figuras asociadas al ciclo minero-metalúrgico, a partir de la naturaleza ideológica de los objetos aquí tratados, que inscriben la forma y contenido de las relaciones sociales del momento, y por ende también sus contradicciones.

De acuerdo a lo expuesto, las representaciones humanas de la quebrada parecen integrar culturalmente a los mineros en una sociedad que presenta una economía diversificada y especializada. La figuración de humanos representados frontalmente y con brazos alzados es un motivo recurrente en el Norte de Chile y Noroeste argentino (p. e. González, 2002; Montt 2002), así también los motivos que decoraron las túnicas para el caso del valle de Copiapó. Ahora bien, la integración cultural del contexto minero-metalúrgico de Las Pinturas opera en un contexto en que la división

social del trabajo ha comenzado a generar un distanciamiento de la población. Mientras los mineros se representan y actúan en un espacio que parece articulado a su sociedad y a las dinámicas regionales, es la misma estructura de la organización social la que disloca a la población en experiencias laborales disímiles, distanciando, como es el caso de la minería, su producción del consumo; primando la dualidad de una explotación-producción focalizada *versus* consumo extendido y generalizado. Esto sugiere que mientras se asentaban las bases y contradicciones de la división social de la producción, inversamente la población se representó cultural e ideológicamente cohesionada.

BIBLIOGRAFÍA

- Callegari, A. (1997). "Interacción entre el valle de Copiapó y el Centro-Norte del Valle de Vichina (La Rioja)". *Estudios Atacameños*, 14: 131-142.
- Castillo, G. (1986). "Sociedades agropecuarias tempranas y control de recursos en el ambiente semiárido de Chile". *Chungará*, 16-17: 173-180.
- Castillo, G. (1989). "Agricultores y pescadores del Norte Chico: El Complejo Las Animas (800-1200 DC). En: J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano (eds.), *Culturas de Chile. Prehistoria, desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 265-276.
- Castillo, G., H. Niemeyer & M. Cervellino (1996-1997). "Indicadores, alcances y perspectivas de influencias Aguada en el valle de Copiapó- Chile". *Shincal*, 6: 193-212.
- Cervellino, M. (1991). *Minería prehispánica en la Región de Atacama*. Ediciones Universitarias, Universidad de Atacama.
- Cervellino, M. (1992). "La imagen de El Sacrificador en el arte rupestre de la Región de Atacama- Chile". *Boletín del Museo Regional de Atacama*, 4: 161-174.
- Cervellino, M. (1994). "Evidencias de metalurgia prehispánica en la Región de Atacama. Primera Parte: Una reevaluación". *Contribución Histórica*, 4: 4-39.
- Cervellino, M. & N. Sills (2001). "El arte rupestre de los sitios Finca Chañaral y Quebrada las Pinturas, Región de Atacama". En: Berenguer, J., L. Cornejo, F. Gallardo & C. Sinclair (eds.), *Segundas Jornadas de Arte y Arqueología*. Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino, 134-151.
- Cornely, F. (1956). *Cultura Diaguita chilena y Cultura El Molle*. Santiago: Pacífico.

- Durán, A. (1988). "Excavación en los túmulos de La Puerta en el Valle de Copiapó". *Boletín Ocasional del Museo regional de Antofagasta*, 1.
- Fuller, D. & P. Miranda (1992). "La metalurgia extractiva del cobre en la región de Copiapó antes de la dominación incaica". *Contribución Arqueológica*, 4: 181-185.
- Gallardo, F. (2004). "El arte rupestre como ideología: un ensayo acerca de pinturas y grabados en la localidad del río salado (desierto de atacama, norte de Chile)". *Chungará*, 36 (supl.espec.): 427-440.
- Garrido, F. (2007). *El camélido sagrado y el hombre de los valles: Una aproximación a la Cultura Copiapó y sus relaciones a partir de la alfarería*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- Gell, A., (1991). "Los recién llegados al mundo de los bienes: El consumo entre los Gondos Muria." En: Appadurai, A., *La vida social de las cosas*. México D. F.: Grijalbo.
- Godelier, M. (1970). *Racionalidad e irracionalidad en economía*. México: Siglo XXI.
- Godelier, M. (1989). *Lo ideal y lo material. Pensamientos, economías, sociedades*. Madrid: Taurus.
- González, L. (2002). "A sangre y fuego. Nuevos datos sobre la metalurgia Aguada". *Estudios Atacameños*, 24: 21-37.
- González, C. & C. Westfall (2005). "Consideraciones sobre la prehistoria de Atacama: El Salvador y sus aportes locales e interregionales". *Boletín de la Sociedad Chilena de Antropología*, 38: 53-70.
- González, C. & C. Westfall (2008). "Atacameños en El Salvador: Nuevas apreciaciones sobre un fardo funerario del Cementerio Las Turquesas". *Estudios Atacameños*, 35: 49-73.
- Iribarren, J. (1969). "Culturas Trasandinas en dos yacimientos del Valle de Copiapó". *Actas del V Congreso Internacional de Arqueología Chilena (La Serena)*, 135-152.
- Iribarren, J. (1975). "Petroglifos en la Quebrada de las Pinturas, Provincia de Atacama, Chile". *Dévalo*, 21- 22: 35-46.
- Iribarren, J. (1976). "Arte rupestre en la Quebrada de Las Pinturas (III Región)". *Anales de la Universidad del Norte*, 10: 115-126.
- Kosik, K. (1967). *Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y el mundo*. México, D.F.: Grijalbo.
- Kuzmanic, I. & J. Sanhueza (1984). "Un enterratorio procedente del mineral de El Salvador". *Estudios Atacameños*, 7: 278-295.

- Larraín, J. (2007). *El concepto de Ideología. Volumen I. Carlos Marx*. Santiago de Chile: LOM.
- Lull, V. (2005). "Marx, producción, sociedad y arqueología". *Trabajos de Prehistoria*, 62 (1):7-26.
- Lull, V. & R. Micó (2007). *Arqueología del origen del Estado: las teorías*. Barcelona: Bellaterra.
- Llagostera, A., R. Weisner, G. Castillo, M. Cervellino & M. Costa-Junqueira (2000). "El Complejo Huentelauquén bajo una perspectiva macroespacial y multidisciplinaria". *Contribución Arqueológica*, 5: 46-480.
- Narotzky, S. (2004). *Antropología económica: nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Marx, K. (1985). *Grundrisse. Lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. & F. Engels (1988 [1845-46]). *La ideología Alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos.
- Montt, I. (2002). "Faldellines del Periodo Formativo en el Norte grande: un ensayo acerca de la historia de su construcción visual". *Estudios Atacameños*, 23: 7-22.
- Niemeyer, H. (1997). "El Periodo Medio Complejo Las Ánimas". En: H. Niemeyer, M. Cervellino y G. Castillo (eds.), *Culturas Prehistóricas de Copiapó*. Copiapó: Museo Regional de Atacama, 115-162.
- Niemeyer, H., M. Cervellino & G. Castillo (1991). "Los periodos Temprano y Medio en la Cuenca del Río Pulido, Provincia de Copiapó, III región de Atacama". En: *Actas del XI congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo III, Chile.
- Niemeyer, H., G. Castillo & M. Cervellino (1994). "Los túmulos funerarios de la quebrada de la puerta, Valle de Copiapó, Región de Atacama, Chile". En: *Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Antofagasta, Chile.
- Núñez L. (1987). "Tráfico de metales en el área centro-sur andina: factos y expectativas". *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología*, 12: 73-105.
- Núñez, V. & M. Tartusi (2002). "Aguada y el proceso de integración regional". *Estudios Atacameños*, 24: 9-19.
- Pearson, H. (1976). "La economía sin excedente: crítica de una teoría del desarrollo". En: Polanyi, K., C. Arensberg y H. Pearson (eds.), *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona: Labor Universitaria, Monografías.
- Pérez J. & O. Heredia (1987). "Hacia un planteo de la Cultura de la Aguada". *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología*, 12: 161-178.

Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.

ANEXOS

FIGURA 1: Mapa de la Región de Atacama y sitios señalados.



FIGURA 1: Vista general de la Quebrada Las Pinturas.



FIGURA 3: Representaciones humanas (de izq. a der.): Antropomorfo con túnica de líneas onduladas en traslación; antropomorfo con túnica de diseño Moteado o de piel de felino; antropomorfo con túnica de líneas horizontales; antropomorfo con posible tocado y túnica en zigzag.

